

FERNANDO VILLAMÍA

DIOSES DE QUINCE AÑOS

56.º PREMIOS LITERARIOS KUTXA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN

algaida



Un jurado compuesto por Ángel Basanta, Luisa Etxenique, Espido Freire y Marcelo Luján concedió a la obra *Dioses de quince años*, de Fernando Villamía, el 56.º Premio Literario Kutxa Ciudad de San Sebastián, en su modalidad de relatos en castellano.



Primera edición: 2022

© Fernando Villamía, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-780-4
Depósito legal: SE. 1.815-2022
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

El corazón de mi hermana	13
La Hipopótama	27
El último baile	39
Ladridos	53
Con pluma estilográfica	67
Hilos	81
La foto de Dios	95
Martillos de mayo	109
Aula de poesía	123
El silencio	139
Muertos difíciles	151
La primera vez	163

Para Lis
También para Amador

«Una parte de la adolescencia consiste en sentir que
a tu alrededor no hay nadie lo bastante parecido
a ti para comprenderte».

JOHN IRVING

EL CORAZÓN DE MI HERMANA

A MI HERMANA SE LE ROMPIÓ EL CORAZÓN. Literalmente. Sucedió en México durante la carrera de diez mil metros que disputaba en unos Juegos Universitarios. Iba la segunda y cada vez se aproximaba más a la muchacha que encabezaba la prueba. La gente aplaudía para animarla. Y la estimulaba con voces y palmas. De pronto, dio una zancada más corta y más torpe, y se desplomó como un fardo. Algunas atletas esquivaron su cuerpo y continuaron la carrera. Solo la representante de Polonia se detuvo y, tras comprobar su alarmante estado, empezó a hacer aspavientos a los jueces y los servicios médicos para que acudieran. Nada se pudo hacer. Murió allí mismo, en la pista, con un poco de viento y un gran silencio en el estadio. Suspendieron las demás pruebas y se llevaron el cuerpo de mi hermana.

Al principio, nos hablaron de muerte súbita, de paro cardíaco, de súbito infarto, de qué sé yo qué. Pero, tras la

autopsia y con asombro, un cardiólogo nos explicó que la causa de la muerte había sido el síndrome de tako-tsubo. Recibe ese nombre porque, al producirse, el ventrículo izquierdo del corazón adquiere la forma de una vasija así llamada que los pescadores japoneses emplean para capturar pulpos. Pero el síndrome de tako-tsubo no se debe a un esfuerzo físico notable. Suele producirse al recibir una emoción muy fuerte, de duelo, ira o miedo, pero también de dicha, de felicidad excesiva. Y, aunque tiene consecuencias, es raro que resulte fatal. En el caso de mi hermana, lo fue. Y los médicos no encontraban explicación. Solo nos dijeron que el tako-tsubo también se denomina «síndrome del corazón roto». Con esas palabras se entiende mejor. Así comprendimos que a mi hermana se le rompió el corazón en México, en plena carrera de diez mil metros y a causa de una intensa emoción.

Con eso y con su cuerpo metido en un ataúd y envuelto en una bandera volvimos a casa.

Cuando murió Arjumand Banu Begum, más conocida como Muntaz Mahal —que significa ‘la elegida de Palacio’—, el emperador Shah Jahan decretó una especie de luto universal. Prohibió hasta la sonrisa entre sus súbditos. Y erigió en su honor un palacio de mármol blanco en el que reposaran para siempre los restos de su amada. En su construcción trabajaron más de veinte mil hombres y

se trajeron los materiales más hermosos y delicados de todos los confines del Imperio. El mausoleo se yergue a orillas del río Yamuna para que las diferentes tonalidades del mármol se reflejen temblorosas en sus aguas y dupliquen de esa forma su hermosura. Se conoce con el nombre de Taj Mahal, y constituye una de las maravillas del mundo. Es tan puro y delicado que parece hecho de espuma. El emperador ordenó cegar y mutilar a los arquitectos para que no pudieran repetir el prodigio.

A mi hermana no la enterramos en ningún palacio mausoleo, ni siquiera en algún panteón familiar o tumba de cierta grandeza. Su cuerpo yace en un nicho común y corriente del cementerio de nuestro pueblo. Allí también están ahora enterrados nuestros padres y otro hermano. No hay brillo de mármol ni más esplendor que el de la luz de la tarde. Pero cerca pasa un río, el Ibazurra, donde mi hermana y yo aprendimos a nadar. Cruza entre arbustos y matojos las afueras del pueblo. Y cruza ahora por mi memoria salpicando la espalda de mi hermana con su bañador de flores y peces.

No nos prohibieron la sonrisa. No hizo falta. Mi madre no volvió a sonreír en toda su vida. Dicen que el tiempo que pasas riendo es tiempo que pasas con los dioses. Está claro que mi madre no pasó mucho tiempo con los dioses. Yo tampoco. No cegamos a los albañiles que sellaron el nicho ni ordenamos cortar sus manos. No nos importaba que repitieran lo que habían hecho. Acabaron el trabajo y se fueron. También nosotros nos fuimos. Y de-

jamos a mi hermana sola allí, en el nicho. Yo solo pensaba que allí no podía correr. Ya no sé si me explico, pero quiero decir que a veces el Taj Mahal es un simple nicho en el cementerio de un pueblo. Y que uno mismo puede ser emperador de su tristeza.

Un mes después de su entierro, llegó un paquete a casa. A todos nos sorprendió porque venía de lo que entonces se llamaba aún Checoslovaquia. Lo abrimos con mucho cuidado para no romper los sellos. En su interior había una caja rectangular y pequeña y un sobre con una carta. En la caja venía la medalla de plata de la carrera de diez mil metros de los Juegos Universitarios de México con el nombre de mi hermana. En la carta solo había una frase escrita en español: «Ella la merece más que yo». Y la firma de Darina Novotna, la atleta que había quedado segunda en la final de los diez mil metros.

A mi madre se le saltaron las lágrimas. Cogió con las dos manos la medalla y se la acercó a los labios y luego al corazón. Y la tuvo allí mucho rato. Luego la llevó al cuarto de mi hermana, que seguía como ella lo dejó, y colocó la medalla con la caja junto a la foto que le hicieron cuando ganó no sé qué otra carrera. Justo encima estaba el póster de Emil Zatopek, el fondista checo al que tanto admiraba mi hermana. Y entonces me acordé. Darina, la atleta checa, estaba repitiendo, tal vez sin saberlo, el gesto

que muchos años atrás había tenido el mejor atleta checo de todos los tiempos. Zatopek era un fondista de técnica deplorable. Corría como si su siguiente paso fuera a ser el último. Movía la cabeza, torcía el cuerpo, tensaba los músculos. Y siempre parecía estar agonizando. Traicionaba todas y cada una de las técnicas que los entrenadores inculcaban a sus pupilos. Se entrenaba con series de *sprints*, cuando lo aconsejable era lo contrario. Imprimía una velocidad desaforada a los comienzos de las carreras largas, en lugar del ritmo sereno y acompasado que siempre recomendaban. En definitiva, iba a su aire. Pero ganaba. Siempre ganaba. Y lo hacía de una manera tan sencilla que hasta los rivales se alegraban cuando los derrotaba. Ganó todas las carreras. Batió todos los récords. Fue el único atleta en ganar en unos mismos Juegos Olímpicos las medallas de oro de los cinco mil, los diez mil y el maratón. Y lo hizo con su estilo atormentado, pero con una suficiencia inapelable.

Cuando ya estaba retirado y reprobado por el régimen soviético, recibió la visita de Ron Clarke, el mejor fondista australiano y uno de los mejores del mundo. Sin embargo, sus compatriotas lo veían como un perdedor porque no había obtenido ninguna medalla importante. Batió diecinueve récords del mundo, ganó cientos de carreras y puso el nombre de Australia en el cuadro de honor de la larga distancia. Pero nunca consiguió una medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Perdió su última oportunidad en los de México, de 1968. En la carrera de diez mil metros, lo

abatió el mal de altura y corrió la última vuelta sin saber lo que hacía. Su cuerpo siguió corriendo, pero sin alma y sin cabeza, tan solo con el corazón. Nunca consiguió recordar esa última vuelta. Él, que estaba destinado a ser el primero, quedó sexto. Hay en el atletismo derrotas sublimes, y la suya fue sin duda una de ellas. Pero no todo el mundo lo entiende. Tal vez por eso, Clarke retrasó su regreso a Australia y se detuvo en Praga para visitar al hombre que nunca perdía. Zatopek, que era capaz de comunicarse en varias lenguas, lo acogió con afecto y entusiasmo. Cuando Clarke ya se marchaba al aeropuerto para tomar el avión de regreso, Zatopek introdujo en el bolsillo de su maleta un pequeño paquete. Clarke pensó que llevaba de contrabando algún mensaje para alguien en el mundo occidental. Y solo se atrevió a abrirlo cuando se encontraba en el avión. El atleta checo, al despedirse, le había dado un gran abrazo y, ante el asombro de Clarke, le dijo: «Te lo mereces». Al abrir el paquete, Clarke encontró en su interior la medalla de oro de los diez mil metros que Zatopek había ganado en los Juegos de Helsinki de 1952, pero grabada con su nombre. Esa fue la única medalla de oro que obtuvo Ron Clarke. Tal vez la mejor medalla del mundo: entregada a un perdedor por otro perdedor. Zatopek había perdido el favor de las autoridades, que lo expulsaron del Ejército, lo alejaron de Praga y lo sometieron a toda clase de vejaciones y olvidos. Clarke había perdido frente al mal de altura y a los atletas africanos la última oportunidad de coronarse. La medalla de oro de la compasión.

«No ha habido ni habrá nunca un hombre más grande que Emil Zatopek». Eso dijo Ron Clarke.

Esa historia me la contó mi hermana mientras la ayudaba a pegar el póster de Zatopek en la pared de su habitación. Cuando le pregunté si lo admiraba por ese gesto de generosidad, me contestó que no solo por eso. «Entonces, ¿por qué?», le pregunté.

—Porque corría con alegría.

Eso me contestó.

Al principio, mi hermana no corría con alegría. Se apuntó al equipo de atletismo del colegio a los quince años, cuando la cara se le llenó de granos. Vivió lo de los granos como una sublevación de su cuerpo o de su sangre. Se sentía fea. Y estaba enfadada consigo misma, con los demás y con el universo. Los cambios corporales que iba experimentando le parecían una estafa de su organismo, una traición. Yo, para consolarla, le decía que los granos eran satélites de su belleza o la escarcha de su hermosura. Pero, cada vez que se lo decía, ella me mandaba a la mierda. Estaba en guerra con su imagen y no aceptaba treguas. Tampoco consuelo.

Cuando entró en el equipo corría poco, pero era tenaz y disciplinada, y entrenaba con un rigor y una obstinación inigualables. Al poco tiempo, se convirtió en una de las mejores. Era la única que combinaba velocidad y

resistencia. Yo creo que corría tanto porque quería dejarse atrás a sí misma. Dejar atrás a aquella imbécil de quince años que se había metido en su cuerpo y le había llenado la cara de granos.

Con el tiempo, correr llegó a ser para ella una forma de felicidad; o, por lo menos, de salvación. Cada vez que se sentía triste o abatida, se ponía las zapatillas y se marchaba a correr. Corría tres horas o incluso más. Y, al final, volvía a casa respirando como un búfalo y agotada pero feliz. Como si la pura extenuación la llevara a una especie de éxtasis. Salía nerviosa y afligida, y regresaba llena de serenidad y alegría. Era una suerte. Para emborracharse le bastaba con correr.

La imbécil que se había metido en su cuerpo a los quince años con todos aquellos granos lo abandonó a los dieciséis. Para entonces, mi hermana se había convertido en una firme promesa del atletismo. Ganaba casi todas las carreras en las que la inscribían. Y en el equipo la tenían por su mejor valor. Pero a ella no le gustaba competir. Lo que no soportaba era tener a nadie delante. Adelantaba a las demás atletas para correr ella sola frente al viento. No quería estorbos entre su cuerpo y el aire. Y cuando cruzaba triunfadora la línea de meta la tenían que detener porque ella seguía corriendo y corriendo de pura felicidad, como los niños y los potros, como todo lo que es joven.

No todo era felicidad en el correr. A veces, en las carreras y en los entrenamientos, se advertía el sufrimiento. Se le torcía la boca, le desobedecía el cuerpo o no le

alcanzaba el aire. Hacía gestos de auténtica agonía, de verdadero dolor. Educaba su cuerpo para aceptar la derrota, no la renuncia. Y lo exprimía hasta la última gota en el esfuerzo. Una vez le pregunté cómo lo soportaba, y me dijo que haciéndose amigo del dolor. «Hazte amigo del dolor y nunca estarás solo». Le gustaba soltar sentencias como esa. Frases que parecían aclararlo todo, pero que no explicaban nada. Luego he sabido que esa máxima pertenecía al creador de una de esas carreras enloquecidas de cien millas y más que llaman ultratrail o ultramaratón o no sé cómo.

Yo no podía entender que se alcanzase placer a través del dolor, y no paraba de preguntarle cosas. Me hablaba de una felicidad física como la que siente la piel cuando la toca el milagro del sol; cuando estás tumbado en la arena de la playa y tu cuerpo se confunde con el sonido de las olas, con la sal y con el sol. Me decía que al correr sentía una alianza perfecta de su cuerpo con el aire y con la vida. Y luego ya aliviaba mi asombro hablando de química, de endorfinas, neurotransmisores y dopaminas que sin duda estaban en la raíz del misterio, pero no alcanzaban a desvelarlo.

Una tarde le exigí una respuesta clara. «¿Por qué te gusta correr? Pero dime algo concreto».

—Porque me gusta sentir el viento en el pelo.

Al ver mi decepción, se quedó callada un buen rato. Reflexionaba, como si nunca se hubiera planteado el asunto. Por fin, habló.

—Cuando corro, me siento más viva que nunca. No sé. Noto el aire y mi cuerpo, y sé el lugar que tengo en el mundo. Y entra el viento en mi pelo y en mi pecho, y siento que estoy viva.

El viento no es inocente. Parece un fenómeno natural, algo que ha existido desde siempre. Pero los publicitarios actuales y los poetas de todos los tiempos conocen su poder fecundador, su ímpetu erótico. El viento juguetón, que se mete entre las faldas de las chicas y las revuelve y las levanta, ya aparece en la más antigua lírica tradicional. Son cientos los testimonios de ese viento lujurioso y seductor. Él fue quien engendró a Tanto y Belio, los legendarios caballos de Aquiles. Columela y Plinio el Viejo sabían que el viento Favonio fecundaba a las yeguas andaluzas y, por eso, sus potros eran tan veloces. Los buitres, las perdices y las yeguas concebían sin el macho; les bastaba con el viento. Y hasta Lactancio, un escritor cristiano del siglo IV, alega ese ejemplo para explicar la virginidad de María. Incluso en la lengua común quedan huellas de ese perfil del aire. ¿Qué quiere decir, si no, eso de «beber los vientos por alguien»? ¿Acaso hay licor más dulce que el aliento del ser amado? Todo son vientos.

El viento puede ser un amante tierno y delicado, como el que convoca san Juan de la Cruz en el sueño de sus versos.